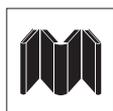


ANNE STERN

LA
COMADRONA
DE BERLÍN

Una novela histórica con misterio y romance
en el Berlín de la década de 1920

Traducción de:
SUSANA DE ANDRÉS



MAEVA

Amo Berlín, pero me tiemblan las rodillas y no sé qué comeré mañana, pero me da igual. Estoy sentada en el Josty en la Potsdamer Platz disfrutando de las columnas de mármol y de unas vistas estupendas. [...] Solía vagabundear por la Leipziger Platz y por la Potsdamer. De los cines sale música [...] Y todo es canción.

La chica de seda artificial
IRMGARD KEUN, 1932

Prólogo

Jueves, 13 de febrero de 1902

RUTH CORRÍA CASI sin aliento por la oscura callejuela, la nieve absorbía las pisadas de sus botas. Cuando el aullido de un perro, largo como el de un lobo, resonó por encima de las bajas techumbres del *shtetl**, miró asustada a su alrededor. Jadeaba, los fuertes latidos de su corazón estaban llenos de reproches. Siguió corriendo. Intentó que sus pasos fueran más livianos, de modo que las suelas de las botas apenas rozaran el suelo; pero era difícil ir tan rápido, casi salir volando y no resbalar.

Todas las ventanas estaban oscuras, los habitantes del barrio judío de la pequeña aldea de Galitzia dormían. Aquí y allá, algún postigo se movía empujado por el viento, las vacas mugían en los establos tras las casas acurrucadas en el sueño.

¡Con tal de que no saliera nadie para hacer sus necesidades en la esquina de la casa!

Ruth siguió avanzando con premura, salió de la *Schuhmachergasse* y entró en la siguiente callejuela, donde vivía su familia. Conocía cada una de sus piedras, cada uno de sus canalones y cada una de sus tejas. Pero a la luz de la luna, el *shtetl* despedía un extraño resplandor, como si estuviera embrujado. ¿Bajo un conjuro bueno o bajo uno malo? No sabría decirlo. Solo sabía

* Villa o pueblo con una numerosa población de judíos, en Europa Oriental y Europa Central, antes del Holocausto. (Todas las notas son de la traductora.)

que lo que había hecho la había convertido en una leprosa, una intocable; que sería rechazada por sus padres y repudiada por su prometido antes de lo que le costara recitar la oración judía más breve, el *Shma Israel*. Entonces, ¿por qué se sentía tan llena de vida, rebosando felicidad hasta por el último poro de su piel? Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando se ciñó un poco más el pañuelo que le cubría el espeso cabello rizado y pensó en él, en sus manos, su risa, su olor a cuero y lodo. A causa de la forma de su lunar, algunos llamaban al joven zapatero «Corazón». Ese nombre también encajaba con su forma de ser. Era maravilloso, y para ella tan guapo y tan bueno como un ángel. Pero no era judío. Y lo prohibido, lo que acababan de hacer por tercera vez en el rincón más oscuro del taller, en medio de la noche y con la nieve que caía ante la ventanita de la habitación, su único testigo, no estaba bien. Ruth estaba prometida a Avraham Rothmann, y en unas pocas semanas, antes incluso de la festividad Pesaj*, estaría con él bajo el palio nupcial.

Su padre había invitado a todos los parientes y conocidos, pues, aunque el negocio no funcionara como esperaban, nadie racaneaba cuando su única hija iba a casarse. Ruth se uniría al socio de su padre, un panadero fuerte y eficiente que colaboraría y acabaría dirigiendo la tienda una vez el padre dejara de hacerlo. El día del casamiento, emanaría de la tienda un aroma especialmente intenso, a trenza de pan dulce, a rollitos de semilla de amapola y a *Kugl*, un plato dulce de pasta gratinada. La madre lloraría. Y ella, Ruth, apretaría los dientes y sonreiría, llena de alegría tal como correspondía a una novia. Pero hasta entonces, pensaba mientras se dirigía a casa de sus padres siguiendo las nubes blancas que exhalaba con su aliento, hasta entonces no podía dejar de hacer el mal. Ese mal con el que ella tan bien se sentía.

* Pascua judía.

A la luz del día, cuando estaba con su madre y sus hermanos pequeños en la angosta habitación o cuando barría el patio, las noches le parecían lejanas e irreales. Como si no hubiese sido ella, Ruth, quien había corrido al taller del zapatero, sino otra mujer más audaz que no recogía su cabello rebelde en unas trenzas demasiado tirantes. Una mujer que lo arriesgaba todo por amor. Pero cuando el crepúsculo descendía sobre la aldea, Ruth notaba, bajo la pañoleta que llevaba sobre los hombros, que algo se tensaba en su interior, como si el zapatero hubiese atado un hilo de seda a su corazón y tirase de él por las noches. Esperaba entonces a que sus padres se durmieran en el cuarto contiguo, escuchaba atenta la respiración tranquila y regular de sus hermanos en el dormitorio y salía a la gélida calle por el tragaluz. Sabía que era una auténtica locura, pues, ¿qué sucedería si esas noches con él en el taller tenían sus consecuencias? ¿Qué solía decir la vieja Zofia cuando les ayudaba a limpiar la panadería los lunes? Que el amor era una insensatez y que se podía enloquecer si uno no se protegía de él.

«En fin», pensó conteniendo un grito de júbilo cuando abrió la claraboya con ayuda de una cuerda que había dejado colgando hacia fuera y, con la agilidad de una anguila, se introdujo de nuevo en el cuarto: no había tomado la más mínima precaución. Y, sin embargo, nunca en su modesta vida había sido tan feliz.

1

Domingo, 21 de octubre de 1923

—¡SEÑORITA HULDA! —GRITÓ Bert, el vendedor de periódicos de la Winterfeldtplatz, mientras agitaba los brazos al aire. Como era habitual, había escogido bien su indumentaria; lucía un traje de franela con el bombín a juego y un abrigo de terciopelo negro que le cubría la chaqueta, pues en aquella época del año hacía frío en el quiosco, que carecía de calefacción. En su cuello relucía la pajarita de seda granate, lo que indicaba que era domingo.

Hulda pensó sonriendo que iba como si lo hubiesen invitado a una cena de gala, en lugar de tener que estar vendiendo periódicos en la plaza tanto si llovía como si tronaba. Pero, al aproximarse a Bert, distinguió las zonas en que el delicado tejido se había desgastado; el viejo abrigo tenía las mangas raídas. La crisis ni siquiera se detenía ante el quiosquero. También él se veía afectado por la penuria que reinaba desde el comienzo de la guerra y que todavía se hallaba presente pese a que la contienda ya había finalizado.

—¿Cómo va la vida? —preguntó cuando llegó al pabellón de Bert. Después depositó el pesado maletín de piel en el suelo. Trabajaba de comadrona en el barrio y tenía la sensación de que siempre cargaba con medio consultorio médico: un montón de medicamentos, tinturas, el estetoscopio, compresas y fajas. También los domingos, cuando otros libraban, iba de un lugar a otro para ocuparse de las parturientas, pues los recién nacidos no

entendían de calendarios y a la nueva vida que afloraba no le importaba lo más mínimo que una comadrona tuviese la tarde libre. Se frotó los dedos en el lugar donde el asa le había rozado la piel.

Haciendo una excepción, Bert salió de su puesto, hizo una reverencia y le besó la mano como si ella fuese su pareja de baile.

—Esto parece un manicomio —respondió, atildándose el pulcro bigote—. Qué tiempos tan locos. Vuelve a haber billetes de banco nuevos, ¿a que parece imposible? Así que... —Hurgó en el bolsillo del abrigo y le mostró un billete—. En realidad, es uno antiguo. Pero la impresión es novísima.

Hulda cogió el dinero y lo observó incrédula. En su origen llevaba impresa la cifra de mil marcos, pero ahora se leía diez millardos de marcos en unas gruesas letras rojas. Suspiró, era absurdo. Como el dinero de mentira de un país ficticio que se ha vuelto loco. Sin embargo, era dinero alemán, real y con validez, al menos en cantidades enormes.

Si bien hacía apenas unos pocos meses nadie hubiera llevado en el bolsillo una suma tan elevada, en la actualidad esta solo servía para comprar los alimentos indispensables.

—Uno de mis clientes trabaja en la oficina de emisión del dinero del Reichsbank —explicó Bert al tiempo que movía la cabeza—. Cuenta que allí los billetes forman unas pilas altas como torres sobre las mesas. Los mensajeros se los llevan en camiones. Pronto será más barato empapelar la casa o encender la estufa con los billetes que servirse de ellos para comprar.

—¿Por qué no intervienen los políticos? —preguntó Hulda, frunciendo el ceño—. ¿Cuánto va a durar esto?

—Los políticos pasan el tiempo discutiendo sobre las posibles soluciones —respondió Bert—. Al menos Stresemann ha acabado esa resistencia pasiva en el Ruhr. Pero ahora urge estabilizar la moneda, de lo contrario todo se desmoronará.

—No lo entiendo —dijo Hulda, y se sintió intimidada, como siempre que se trataba de la hiperinflación, cuya lógica le resultaba indescifrable. Nunca había comprendido la política, tampoco el mundo de los números. Pero en esa época era imposible eludir ese tema, pues impregnaba la vida de todas las personas, tuvieran el dinero que tuvieran, y tanto si querían como si no.

—¿Cómo ha podido llegar todo esto tan lejos? —preguntó al tiempo que echaba un vistazo a los titulares de los periódicos de Bert. Las páginas ondeaban sobre los perfiles de metal agitadas por el viento de otoño.

—El dinero es igual que un ser vivo que se escurre entre los dedos —señaló Bert—. Tiene sus propias leyes, y nosotros, los seres humanos, las hemos ignorado profundamente. El valor del marco ha bajado tanto que dentro de poco llegará al centro de la Tierra.

—Pensaba que Stresemann le pondría freno a esto. —Hulda había leído algo al respecto y casi se sentía orgullosa de poder mostrar sus pequeños conocimientos.

—Es nuestra última esperanza —dijo Bert, y ella descubrió en él una mirada preocupada y sombría que no conciliaba con su naturaleza afable—. Ahora tiene que cambiar el rumbo de una vez por todas y ocuparse de que el país no se hunda como bajo los efectos de un enorme desprendimiento de tierras. De lo contrario, no sé qué va a ser de todos nosotros.

Hulda se sintió mal. La mayoría de las veces intentaba distanciarse de esos asuntos. Su vida ya estaba lo bastante repleta de preocupaciones en torno a las parturientas, de exceso de trabajo y cansancio y de falta de dinero. Y encima estaba Karl, el misterioso comisario con quien había iniciado una relación el año anterior que oscilaba en el aire como un junco. No acababa de entender a ese hombre cuyos estados de ánimo variaban igual que el tiempo en Berlín durante el mes de abril. Pensó en los ojos claros tras las gafas de cristales rayados que él no cambiaba

por pura dejadez y no pudo evitar sonreír. Luego sintió la mirada de Bert y se ruborizó.

—Un billón de marcos por saber en qué está pensando —dijo él, y rio con esa sutil y enigmática risa que a ella tanto le gustaba y que al mismo tiempo temía que fuera a su costa. Se conocían desde que era pequeña, y cuando conversaba con él nunca conseguía desprenderse de la niña que había en su interior. Como si nunca, ni aunque cumpliera cien años, fuera a lograr escapar de su socarronería.

—Disculpe, Bert, ¿qué estaba diciendo?

—Solo que temo que a nuestro bello país le espera el caos y la anarquía, incontables muertos y un combate a vida o muerte.

Hulda lo observó inquisitiva. ¿Lo decía en broma o en serio? Al parecer, se refería a ambas cosas a un mismo tiempo, pensó alarmada.

—Señorita Hulda —dijo afablemente Bert, colocando la mano en el brazo de la joven—. No quería asustarla. Sea como sea, iremos tirando. A fin de cuentas, es lo que toca, ¿no?

Ella asintió poco convencida y miró hacia el otro lado de la plaza, donde los feligreses salían de la iglesia de San Matías. Por un instante vaciló, no estaba segura de haber visto bien. Reconoció al párroco con la sotana negra. Había colocado junto a él un enorme cesto para la colada en el que los parroquianos dejaban caer montones de billetes al salir, como si fueran hojas secas.

—El padre Von Galen está haciendo la colecta —señaló Bert, parpadeando a la luz del tenue sol de octubre que volvía a esconderse tras unas nubes grises—. La bandeja de los donativos ya no sirve. Quién sabe si el domingo que viene no necesitará una bañera o un camión.

Hulda soltó una risita, la imagen era demencial. La risa se le quedó helada enseguida al reconocer a la pareja que salía en ese momento de la iglesia. Un hombre recio con un traje marrón y

una gorra de visera en la mano llevaba del brazo a una delicada muchacha rubia.

—Vaya, el señor Winter hijo —advirtió Bert, en cuya voz resonó de nuevo ese tonillo burlón—. Y la encantadora Helene.

—La pareja más guapa de la plaza —contestó Hulda con ironía, y se dio media vuelta tratando de aparentar indiferencia.

Pero no podía fingir delante de Bert.

—¿Todavía sangra un poco su corazón? —inquirió este arqueando las cejas.

Ella negó enérgicamente con la cabeza e intentó expresarse con determinación.

—Lo pasado, pasado está.

—Se repite, señorita —dijo Bert—. Y quien se repite, miente. ¿Lo sabía?

—Por todos los cielos, ¿qué es lo que quiere usted de mí? —preguntó Hulda impaciente—. Ya sabe que la historia con Felix es agua pasada. —Hizo un gesto con la mano para acentuar sus palabras—. Además, hace tiempo que yo también tengo novio.

—Ya lo sé, el apuesto comisario. ¿Para cuándo la presentación oficial?

—Usted ya lo conoce —replicó Hulda, percibiendo el tono terco de su propia voz.

—Pero eso fue hace más de un año, en un encuentro casual, cuando mi humilde persona le indicó el camino a su casa. —Bert se sacudió una mota de polvo inexistente de la manga—. Desde entonces, se lo ha visto por aquí en escasísimas ocasiones. ¿No considera usted que, siendo un viejo y buen amigo suyo, merezco conocer al hombre de su corazón? A no ser... —Se interrumpió y la miró en un silencio lleno de significado.

—¿Qué? —preguntó Hulda impaciente, pese a saber que no quería escuchar la respuesta.

—A no ser que ninguno de los dos esté seguro de sus sentimientos.

—¡Tonterías! —exclamó enfadada y con un gesto de rechazo—. Es usted tan cotilla como mi patrona.

—Ah, la señora Wunderlich. —En sus ojos apareció una expresión soñadora—. Una dama con muy buen olfato.

—Con su permiso, Bert, pero me importa un rábano el olfato de la señora Wunderlich. Y también el suyo.

Dicho esto, Hulda agarró su maletín, se dio media vuelta y dejó el quiosco. Un segundo después ya se había arrepentido de su brusca marcha, y estuvo a punto de chocar de frente con Felix Winter, quien había sido su prometido durante muchos años y en ese momento acababa de atravesar la plaza con su reciente esposa.

—Buenos días, Hulda —la saludó Felix, mirándola cándidamente con sus ojos castaños. Pero, detrás de esa cálida mirada, Hulda creyó descubrir una pizca de inquietud—. ¿Todo bien?

—Sí, gracias —contestó mirando incómoda a Helene, que se alisaba el vestido de seda rosa y luego se ceñía el distinguido abrigo de lana. Fijó la mirada en las plantas de áster de los cubos del puesto de flores vecino al quiosco, cuya propietaria aguardaba a los paseantes del domingo dispuestos a comprar un regalo ocasional o un ramo para el cementerio. Era evidente que las penurias que sufrían muchos berlineses no habían afectado a Helene.

—Sí, ¿y tú?

—No puedo quejarme —contestó Felix tan envarado que Hulda sintió un escalofrío—. El café va viento en popa. Todos están sanos y animados. —Descansó el peso primero en una pierna y luego en la otra—. Hemos de marcharnos, mi señora madre nos está esperando.

—¿Pastel de carne con patatas? —preguntó Hulda sonriendo. Se acordaba a la perfección de lo buena cocinera que era Wilhelmine Winter. Para la comadrona era la cualidad más destacable de la madre de Felix, quien, salvo por ello, se distinguía sobre todo por su belicosidad y estrechez de miras.

Felix contestó a su sonrisa y por un momento adoptó esa expresión pilla y alegre que ella tan bien conocía.

—Siempre repetías dos veces —recordó él—. Qué tragona.

—Mira quién habla —replicó Hulda riendo. Luego se percató del rostro avinagrado de Helene. Esta se acercó a Felix y le puso la mano sobre la manga, blanca como la leche y con las uñas perfectamente limadas.

—Deberíamos irnos, querido Felix —dijo sin dignarse mirar a Hulda. Tenía una voz nasal y afectada que a Hulda enseguida le resultó repugnante—. ¿Sabes? —añadió Helene con un coqueto pestañeo—, en mi estado no es bueno estar mucho tiempo de pie.

Hulda abrió la boca y volvió a cerrarla. Se sentía como una trucha fuera del agua. Se quedó mirando a Felix, al que no parecía haberle gustado que su esposa soltase la noticia a bocajarro.

—Entonces debería felicitaros —dijo Hulda, esforzándose por respirar calmadamente e ignorar la punzada de dolor que había sentido y que se le iba extendiendo por todo el cuerpo.

—Muchísimas gracias —contestó Helene, y por primera vez miró a la comadrona de frente. Inclino la cabeza indulgente. Sus ojos, de un azul claro, eran semejantes a los de una muñeca: enormes, redondos y carentes de expresión. O no del todo, pues en ese momento parecía vislumbrarse débilmente algo que hizo tragar saliva a Hulda: el sentimiento de triunfo.

A continuación, Helene dirigió la vista a la portada del *Vossische Zeitung*, que colgaba en el quiosco de Bert, y en la que se apreciaba una fotografía de Stresemann. La cabeza redonda y con poco cabello era fácilmente reconocible. Alrededor de los labios de la joven apareció un mohín de rechazo.

—Ese dictador con su camarilla, los amigos de los judíos. ¡Qué vergüenza para nuestra nación que haya renunciado a la Cuenca del Ruhr! —se volvió hacia Felix—. Papá está indignadísimo. Por favor, cuando vayamos a ver a mis padres el fin de semana, te pido por Dios que no menciones su nombre ni el de

Seeckt, ese traidor a la patria que se las da de comandante supremo del ejército y se acuesta con una judía.

Felix carraspeó como si se sintiera incómodo.

—Tenemos que irnos, en serio —dijo, volvió a despedirse de Hulda con un movimiento de cabeza y se llevó a su rubia esposa.

Hulda los siguió con la mirada mientras cruzaban la plaza en dirección norte, donde, en una calle lateral, se hallaba la casa de la familia Winter.

Bert había salido del kiosco y se había colocado detrás de ella.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó, sobresaltando a Hulda—. Es lo que yo llamo una gran noticia. Merecería una edición especial, ¿no cree usted? Tal vez deberíamos informar a la prensa, de ese modo yo también obtendría algo de dinero por divulgar esta inesperada novedad. —Luego chasqueó la lengua—. Esperemos que la idiotez no sea hereditaria. A fin de cuentas, el pobre niño no tiene la culpa de que su madre provenga de una familia de nazis.

—Yo en su lugar me guardaría la novedad para mí —apuntó Hulda moviendo enojada la cabeza. Volvió a dejar en el suelo el pesado maletín—. Diría que Felix no aprobaría que todo el mundo se enterase de ese modo. Helene tampoco debe de llevar mucho tiempo embarazada, a fin y al cabo está tan delgada como un palillo.

Se pasó las palmas de las manos por las caderas, que de repente se le antojaron mucho más anchas de lo habitual. Aquel día llevaba el uniforme de enfermera, un traje gris con una blusa blanca con el que visitaba a las mujeres a las que atendía. No era porque se sintiera especialmente bien así vestida, pero el uniforme producía entre las embarazadas, las parturientas y sus familias una buena sensación: la de estar en buenas manos.

Ese día, sin embargo, pensó en sustituir la cofia blanca por un pañuelo y ocultar así su cabello corto y moreno. Abrió el maletín enseguida y sacó un sencillo pañuelo de algodón. Se

cubrió la cabeza, anudó los extremos y comprobó con dedos hábiles si todavía asomaba algún insolente mechón del flequillo que debiera ser controlado.

Bert observaba atónito sus movimientos.

—Señorita Hulda —dijo—, ¿ha acabado ingresando usted en alguna orden?

—Claro que no —respondió ella, alisándose por última vez la tela negra sobre la frente—. Pero tengo que ir en el tren a Mitte, al antiguo distrito histórico.

—A la zona judía, deduzco por su aspecto —señaló Bert.

Ella asintió sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—No solo la señorita tiene buen olfato. —Rio—. ¿En qué otro lugar de Berlín las mujeres siguen cubriéndose el cabello con tanto cuidado, como si fueran a quitárselo con la vista?

Hulda asintió, Bert estaba en lo cierto. La moda de la gran ciudad, por el contrario, se permitía cada vez más libertades; las faldas dejaban al descubierto una escandalosa porción de pierna y muchas jóvenes modernas llevaban el cabello suelto.

—Tengo que ir a visitar a una mujer embarazada que vive en el seno de una familia ortodoxa.

—¿A qué se debe tal honor?

Ella dudó.

—Conoce usted a mi padre, ¿verdad?

—Por supuesto. ¡Un pintor de talento! Es una lástima que dejara nuestro bonito barrio. Solía mantener con él interesantes conversaciones sobre arte mientras nos fumábamos un cigarro.

—Ahora vive en Charlottenburg. Me han contado que tiene allí una casa con un taller de ventanas altas hasta el techo. Yo todavía no he estado. —Tomó aire y siguió hablando precipitadamente—. En cualquier caso, ha establecido contacto con judíos a través de la Academia de Bellas Artes. Me refiero a los otros judíos, los de Galitzia.

—Los judíos pobres —señaló Bert, poniéndose alerta.

Tenía razón. Los habitantes del barrio judío de Scheunenviertel, a diferencia de los banqueros y abogados judíos que vivían alrededor de la sinagoga reformista, no eran conocidos por su formación y fortuna. Más bien por su extrema pobreza.

—Y ahora uno de esos judíos pobres está buscando a una comadrona judía —añadió Bert. No era una pregunta, sino una afirmación.

Hulda se estremeció. Pero volvió a asentir a disgusto.

—En efecto. Ya sabe usted que no divulgo mis orígenes a los cuatro vientos. No tuve una educación religiosa y apenas conozco los días festivos. Además, según la tradición, solo se es judío cuando uno es hijo de madre judía, y ese no es mi caso. Pero de vez en cuando aparecen personas que prefieren a una medio judía que a otra que no lo sea en absoluto. Y yo las ayudo de buen grado; a fin de cuentas, es mi profesión. Un parto es un parto, ya sea con un *mezuzá** junto a la puerta o bajo un crucifijo de madera.

—Seguro que sus nuevos clientes lo ven de otro modo —opinó Bert—. En ese barrio, la religión desempeña un papel muy importante. ¿Ha estado usted últimamente allí? Hay calles en las que las tiendas tienen más carteles escritos en hebreo que en alemán. Y mi barba da risa comparada con las que lucen los señores por allí.

—A mí no me interesan ni las tiendas ni las barbas —dijo ella—. Yo lo único que pretendo es que el niño nazca sano.

—Pero al final no diga que no se lo advertí. Madre mía, allí no solo corren judíos, sino todo tipo de gente. Artistas dudosos, peristas y putas hasta donde alcanza la vista. Atender a una

* Pergamino en el que aparecen escritos dos versículos de la Torá. Por lo general, se encuentra dentro de una caja que está adherida en la parte derecha de los pórticos de las casas judías.

parturienta allí es como asistirle en la luna, así de alejada de nuestro apacible barrio está esa fabulosa casa de locos.

Hulda miró con curiosidad al quiosquero, cuyos ojos brillaban fascinados pese a sus advertencias.

—¿De verdad tiene usted una opinión tan benévola de nuestro barrio? Pobreza, prostitución, tráfico..., nada de eso falta tampoco aquí.

—Puede ser —reconoció él—. Pero, en comparación con aquello, aquí los macarras son niños huérfanos y las putas ángeles inmaculados. Y, pese a ello, no sé si ese barrio es el infierno o el cielo, ya que se puede comer estupendamente, adquirir los mejores puros y, en realidad, comprar todo lo que uno desea en sus más desaforados sueños.

Hulda soltó una risita. Su curiosidad iba en aumento. Era cierto que pocas veces se había internado en el angosto barrio al norte de la estación Börse del recién bautizado distrito de Mitte, y solo conocía de oídas el actual estado del lugar. Echar ella misma un vistazo por allí le resultaba interesante. Al mismo tiempo notaba que estaba nerviosa. ¿Qué la esperaba en las estrechas callejuelas, en la casa de los Rothmann?

—Está preocupada —observó Bert.

«Vaya —pensó Hulda—. ¿Cómo sabe siempre todo lo que me sucede?»

—Bueno, por lo visto la familia tiene algún problema —admitió de mala gana—. Por lo que me han dicho, algo no va bien. Algo concerniente a la joven madre. Pero no sé qué es.

—Ya lo averiguará.

—Exacto —dijo ella—. Y lo haré hoy mismo.